

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 30 de enero de 1875.

Núm.º 2.

GALICIA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

El silencio embrutece, el silencio mata, por más que en contra de nuestro aserto, Tales, callado durante cuatro años, haya fundado la filosofía. Pero á este filósofo, cuando se propuso hablar, le escucharon, mas ¿quién nos escuchará á nosotros aunque parodiemos á Temístocles? Nadie seguramente.

Primero, la voz de la prensa gallega, parece que se pierde en el espacio sin pasar jamás las cumbres de sus últimas montañas: segundo, que como somos gallegos, hacen como que no nos entienden, allí donde tenemos derecho á que nos escuchan como á los demás.

Galicia se engalana, parece que sonríe á la idea y á la esperanza de la exposicion de Compostela. Allí, Dios mediante, se exhibirá el progreso agrícola, el industrial y el artístico de estas cuatro provincias, y no hay duda que en el ramo agrícola contendrá buenas cosas la exposicion; tal vez la industria se encuentre bien representada en salazon, hilados, tejidos, papel, loza, cristal, chocolates, queso, es cabeche, vinos, miel, etc., etc.; tal vez hermosos ejemplares de ganado, bovino, caballar y de cerda se presenten en ese acto; no estará ausente la metalúrgia, ni tampoco las obras del escoplo y el martillo, mas así y todo, el ramo artístico será inferior á todos los demás ramos. El arte, esa perfeccion de todas las industrias, esa industria superlativa, digámoslo así, no figura en Galicia sinó en un orden secundario, limitado, demasiado pobre, en fin.

Y es que Galicia no tiene academias para el arte; es más, nos parece condenada á no tenerlas en mucho tiempo. Por eso vemos salir de la universidad y otras aulas, licenciados y doctores de jurisprudencia, medicina y química; navegantes, militares, hombres de comercio, pero casi ningun artista; muchos poetas y escritores y teólogos, mas ningun génio inspirado para el pincel, para la música, el adorno ó la maquinaria.

El arte es la armonía de la mecánica;

T. II.

la mecánica una expresion más para el arte.

Y cómo no hemos de dolernos de este atraso? cómo no hemos de quejarnos que Galicia sea poco artística, si el arte trae entre sus alas la grandeza de las pueblos y la regeneracion de las sociedades? Por el arte se conoce el progreso del mundo, tal como lo encontramos á nuestro paso y lo sentimos á nuestro lado. Hablen por nosotros esos objetos que rodean á las clases acomodadas; el arte más que la industria está representado en todos los artículos del lujo; el arte pues, es la arteria por donde se desliza el génio humano, el progreso de las generaciones; es la ciencia donde se bebe á cada paso una ciencia nueva, una cosa nueva, un secreto grande.

Tal vez si Galicia fuese más artista, más entusiasta, más amiga de lo plástico, su porvenir estuviese cambiado, su suerte seria distinta. Pero la desgracia, el hado fatal de la suerte, nos dejó aquí pegados á la armonía de la naturaleza, sin nociones para aprovechar, como se debe, este clima y este suelo. El músico no tiene alas, el pintor no tiene lápiz, la belleza no tiene nombre, y pasa un año y pasan ciento, y tal cual hijo de Galicia suele arrancar con su buril formas al bronce, al mármol ó la encina, como los Sres. Cousiño y San Martín; tal otro, como Vicetto, Murguía y Vesteiro escriben, rebuscando entre el polvo el nombre de pasadas glorias, y trazan la senda histórica por donde han de correr todavía muchas rectificaciones y verdades nuevas de puro antiguas; tal cual, flamea aquí y allá débilmente con una inspiracion semejante á la del italiano Picco, ó como el de-graciado Fortuny, y nadie recoge la chispa, nadie le aplica combustion al númen, y éste muere y se extingue apesadumbrado *bajo el peso de la ingratitude y la frialdad brutal del abandono.*

Cómo no sentir y como no expresar el dolor que nos causa tal estado, preñado de amarguras, que cierra bruscamente el camino á toda perfeccion, engrandecimiento y bienestar que inmortalizó á la Grecia, y casi hizo lo mismo con la Edad Media, que escéptica y erótica á un tiempo, ofre-

cia el cuadro de un crepúsculo amenazado por la luz?..

Por eso Galicia, en tanto que no recobra el imperio que la desgracia y su negligencia le niegan en el mundo intelectual, y su industria no toma otro vuelo más poderoso que ese que ahora tiene, y en vez de sólo producir para sí, no produzca también para otras provincias y naciones, emancipándose, entrando en mayor edad fabril, con el arte y para el arte, su estado será siempre enteco y enfermizo. Con la asociación todo se consigue; hazte artista, Galicia; asocíate, toma virilidad, ponte en pié, levanta academias para todos los ramos posibles, la academia es barata; iníciate en la estampación para el tejido, trabaja para refinar el papel, aprende á aprovechar en su fabricación la caña del maíz, la hoja del pino; refina en tu suelo los espíritus, las materias crasas, la resina, la lrea, el pez, la trementina, y otras muchas materias que sería pesado enumerar. Crea, no imites; vende y no compres y tú prosperarás, Galicia adorada.

R. y E.

Vigo—19 de diciembre de 1874.

BESO DE SOMBRA.

Orábase los dos en la capilla
á la luz de una lámpara amarilla,
que recortaba en formas caprichosas
las esbeltas arcadas misteriosas
de antigua catedral.

Tu murmurabas lentas oraciones
ocultando entre el velo tus facciones,
mientras yo, persiguiendo tu mirada,
surcaba con el alma alatargada
el mar de lo ideal.

Un momento la luz osciló incierta,
achicóse su llama casi muerta
y en confusos contornos vacilantes
extendióse de sombras aspirantes
fantástica legión.

Entónces las siluetas prolongadas
de nuestras dos cabezas destacadas,
en un beso de sombra se fundieron
y de un cuerpo no más, al marmol dieron
la oscura proyección.

Tal vez, pensé yo al verla tristemente,
esa es la ley de la pasión ferviente:
para hacer de dos almas una sóla
precisa es de tinieblas una ola
y espacios sin color.

¡Ay! y cuanto deseo, vida mía,
ancho girón de oscuridad sombría
que al ocultarnos de la luz del mundo
tienda á los dos en ósculo profundo
¡la sombra de mi amor!

EDUARDO MARÍA JALON.

Lugo,—junio,—1874.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS CHURRUCHAOS.

II.

Rotalon.

—Me ocurre un medio magnífico, Prom. La robo, la traigo aquí, y después le escribo una carta al viejo Churruchao, como que es ella la que escribe. En esta carta le diré que el arzobispo, ¿oyes, Prom? que el arzobispo don Suero la ha robado de Castro Caudad con malos fines...

Prom de Ombal palmoteó con todas sus fuerzas celebrando la inventiva.

—Bien... bien... dijo, eso es lo que se llama un buen ingenio: en primer lugar, porque apartais del castillo el chubasco de las sospechas, y en segundo lugar, porque haciendo caer el chubasco sobre el castillo de la Rocha, donde mora el arzobispo, el pedrisco lo matará, y esta muerte os quitará un enemigo mortal de encima.

—No entiendo bien esa algarabía de chubascos y pedriscos: objetó Sancho Grez sencillamente.

—¿A fé que sois bien torpe!... pero no me acordaba que hoy el cuerno de buey ha hecho demasiada intimidad con vuestros labios, y...

—¡Eso es insultarme, Prom!

—Gracias á Dios que os desperté de vuestros sueños; pero dejemos esto á un lado que por cierto á nada conduce, y anudemos el hilo de nuestra plática. Decía, pues, mi buen caballero, que haciendo recaer las sospechas de Blanca sobre el arzobispo, Alonso Perez Churruchao irá á demandarle la hija, al arzobispo le cojerá esta querrela «in albis» y le tratará de loco; y como Alfonso Perez de Churruchao es de los «feroces homes» de Galicia, tomará la inocencia del arzobispo por hipocresía y lo matará como si se tratara del último pechero.

Al acabar de decir esto Prom de Ombal, le llegó á Sancho Grez la vez de aplaudir también con todas sus fuerzas, comprendiendo las ventajas de aquella calumnia que iba á lanzar sobre la frente de don Suero Gomez de Toledo.

En seguida mandaron subir dos botellas del Ribero, y celebraron aquel pensamiento vil que ellos calificaron de feliz.

—Ahora que ya hemos preparado las consecuencias del golpe, dijo Prom de Ombal, acordemos, puez, como se ha de dar éste.

—Con la facilidad y sencillez que hemos dado otros, contestó el embrutecido señor feudal.

—Quiero decir, que yo iré con Alvar Diaz al castillo de Castro Caudad, donde se halla Blanca, nos meteremos una noche en su cámara, la tapamos la boca con un pañuelo, y la paloma vendrá á dormir á Grez.

— Bueno, pero ha de ser hoy...

— ¡Cáspital! gritó Prom, que prisa teneis por acariar al ave Blanca!

— Si... si... hoy, ¡voto al diablo! afirmó Sancho Grez con una ansiedad salvaje.

— Pues vamos á lo más esencial... ¿Qué me daeis al presentaros á Blanca aquí?

— Tú estás muerto por mi caballo blanco, Prom; te daré mi caballo blanco.

— Nada más! ved que la niña vale más que la Estrella de Anjeriz y la Laura de Guimil!

— Bien... Prom, te daré además cien doblas.

Prom de Ombal se levantó del sillón y alargó la mano; Sancho Grez le tendió la suya, y cerraron el contrato con un apretón de manos, que en aquellos tiempos equivalía á una escritura.

— Asunto concluido, dijo Prom; y para que veais el interés que tomo en vuestros caprichos, dejaré caer en la cámara de Blanca, cuando la robe, este rosario de oro que le robé hace tiempo al dean de Santiago, y que como veis aquí, en el Crucifijo, tiene grabado su nombre, Pedro Alvarez. Todo el mundo sabe que el dean es confidente del arzobispo, por lo mismo este rosario será un relámpago para Alfonso Perez Churruchaos, un relámpago que le ilumine en el caos de ignorancia en que deba sumergirle el violento rapto de su hija.

— Y despues... la carta que yo le envíe...

— Será el sol que aleje las sombras del caos, y á su luz se armará el anciano caballero y emprenderá el camino de Santiago.

Sancho Grez abrazó al capitan con el entusiasmo de la esperanza li-onjera; y al desprenderse de sus brazos éste, salió de la cámara resuelto á llevar á cabo lo que habia concertado. Pero al abrir la puerta encontró a un page de Sancho Grez, que estaba como en acecho de lo que hablaban.

— ¿Qué hacias aquí, Rotalon, — qué hacias aquí? le preguntó bruscamente el capitan.

Rotalon se turbó y empezó á temblar como un reo.

— ¿Qué hacias aquí? volvió á preguntar Prom de Ombal sacudiéndole un brazo con furor.

— Venia á avisar...

Y se quedó parado como si sintiera lazos de hielo en la lengua que le impidieran contestar.

— ¿A quién venias á avisar?... siguió preguntando el confidente de Corno de Boy como si quisiera devorarlo con los ojos.

— Al señor... para que saliese cuando gustase, pues mandó ensillar su caballo blanco.

— ¡Mientes! gritó Sancho Grez apareciendo en la puerta.

El page cayó á los piés de su amo tartamudeando perdón.

— Que lo azoten en el patio... gritó el tiranuelo de Grez á uno de sus armeros; y que lo encierren en un calabozo por un año.

A la media hora fué obedecida esta orden. Rotalon corrió una carrera de baquetas en el patio del castillo, y lo encerraron en una mazmorra. Tendido sobre unas pajas, lloraba amargamente su dolor, pues lo habian martirizado sus verdugos, cuando le ocurrió un pensamiento natural, y por consiguiendo el deseo de vengarse mitigó algun tanto sus dolores. Del ultrage á la venganza no hay más que un paso... el pensamiento natural fué un pensamiento de venganza.

III.

Rapto.

Entre los castillos que contaban los Churruchaos, poseian uno de siete torres, orillas del Arnege, llamado

Castro Caudad, desde el cual daban tan malos ratos al arzobispo con sus aprestos de guerra.

Porque en aquellos tiempos nadie permanecía inactivo. Nobles y pecheros, los españoles, en fin, corrian á las armas y se decidian á defender á don Pedro ó á don Enrique. No habia una ciudad de Castilla donde no se alzarán pendones por el uno ó por el otro, y Galicia se preparaba también á la lucha.

Demasiado conocidos son aquellos azarosos tiempos, para que nos detengamos en bosquejarlos detalladamente. El clero, á quien la despreocupacion de don Pedro habia herido de muerte, y la nobleza que acostumbra á dominar la nacion, ganando el corazon de los reyes, veia que lo mismo castigaba sus faltas que las de los pecheros, se unieron contra él y levantaron su bandera en favor del Bastardo de Trastamara, llamándole «Cruel» unos y otros. El pueblo, que en los actos del rey no veia más que castigos á delinuentes, caracterizó este gobierno de «justiciero,» y en su mayor parte se pronunció en su defensa. Decimos en su mayor parte, porque no faltaron algunos ciudadanos que, seducidos por los «grandes» le negaban obediencia así como tampoco nobles afectos al rey por medrar á falta de otros.

Estas continuas revueltas generalizándose en el país, dieron márgen á que muchos que permanecian indiferentes, que en iguales casos nunca falta una buena parte de gente, tuvieron necesidad de romper lanzas bien por unos ó por otros, pues se hallaban hostigados por todos.

Con arreglo á esto, Galicia se preparó á un rompimiento con el monarca legitimo para poner en su lugar á D. Enrique el «davidoso,» empezado á llamar así por las muchas mercedes que hacia ya á sus partidarios. A la cabeza de este partido que aun no habia osado declararse abiertamente, pero que rugia sordamente como próximo á estallar, figuraba el arzobispo de Santiago D. Suero Gomez de Toledo, su dean Pedro Alvarez y muchos canónigos; los nobles Fernan Perez de Andrade, llamado ó Bóo, el bueno; Albar Rodriguez de Osorio; Gonzalo Piñeiro; Juan Perez de Novoa; Sancho Sanchez Moscoso; Vasco Perez de Baamonde; Rodrigo Sarmiento; Arez Vasquez y Rodrigo Viedma.

Y por parte del rey D. Pedro, sostenian su vacilante trono. D. Fernando de Castro, adelantado mayor de Galicia y conde de Lemos, Ramiro de Caldeloba; Suer Yañes de Parada; Alfonso Perez Churruchaos; Men Rodriguez de Sanabria; Juan Andeiro; Gaspar Pazos de Proben, Sancho de Grez; Lope Gomez de Lira; Prom de Carballido; Pavo Rodriguez de Luna, y otros nobles y poderosos señores que nivelaban con su poder el de los rebeldes. Todos estos últimos sabedores de la insurreccion que iba á estallar se hallaban en expectativa, y recibian órdenes del conde de Lemos, que era el que hacia cabeza. Una de las que más agitó el país, fué la de reunir todos los nobles á sus hombres de armas en sus castillos el 1.º de junio para estar prontos á la lucha, pues se decia que el 20 de aquel mismo mes, día de Corpus, los Enriquistas se declararían resueltamente en rebelion.

En cumplimiento de aquella orden los Churruchaos llamaron á todos sus vasallos á las armas, y en ménos de dos dias las siete torres de Castro Caudad se llenaron de hidalgos y pecheros, prontos á blandir sus lanzas y disparar sus flechas contra quienes mandaran sus señores.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

ORIENTAL.

I.

En una estancia adornada
con lujo y pompa oriental,
donde tres ricos pebetes
calor y fragancia dan,
llora una jóven cristiana
su amarga cautividad.

En vano por consolarla
le dió el árabe Aliatar
los espléndidos salones
de su palacio real;
inútilmente á sus plantas
demandó el moro piedad;
inútilmente de hinojos
la decia sin cesar:

II.

—«Mi cautiva nazarena,
cuando á tu Dios te robé
preso en más fuerte cadena
al ver tus ojos quedé.

Mas ¿por qué, dime, cristiana,
desprecias con mis amores
la diadema de sultana
y de mi parque las flores?

Inocente y puro es
mi amor como el blanco aroma,
y héme humillado á tus piés,
huri bella de Mahoma.

En tu cabellera blonda
mis manos enlazarán
los diamantes de Golconda
con las perlas de Ceilán.

Y en prenda mi amor te entrega
bello un palacio entre mil,
con jardines á la Vega
y balcones al Genil.

No más con ruda altiveza
hagas mi pena mayor,
pues morirás de tristeza
y yo moriré de amor.»

III.

Con voz dulce y armoniosa,
en la megilla una lágrima,
á su importuna querella
respondió la triste esclava:

IV.

—«¿Por qué á una pobre cristiana
le ofrece con tus amores
la diadema de sultana
y de tu parque las flores?

Si puro é inocente es
tu amor como el blanco aroma
vé á ofrecerle ante los piés
de las hijas de Mahoma.

Olvida á la nazarena
en redes de oro cautiva,
ó desata su cadena
y deja que libre viva.

En mi cabellera blonda
flores mejor estarán
que tus piedras de Golconda
y tus perlas de Ceilán.

Yo mi casa solariega
prefiero mil veces mil,
sin jardines á la Vega,
ni balcones al Genil.

Si de mi infausta belleza
no olvidas el loco amor,
falleceré de tristeza
y tú acaso de dolor.»

V.

Y con sus desdenes olla,
y con sus lamentos él,
de pena murió la bella
y de amores el infiel.

JOSÉ PUENTE Y BRAÑAS.
Coruña—1852.

GALICIA PINTORESCA.

PUENTE CESURES.

(Conclusion.)

A una milla de Padron, en la carretera de Santiago á Pontevedra, se encuentra el puente Cesures, que ha dado nombre á algunas casas y factorías construidas cerca de sus pilares. La fundacion de este monumento romano es contemporánea de la *via militar* de Braza á Astorga, por la costa, que empezaba en *Aquis Celenis* (Faon) y llegaba hasta *Interannio* (Bembibre). Entre *Vico Spacorum* (Vigo) y *Glandimiro* (Cantomir) se reconocia el marco de *Adduos pontes* (segun algunos geógrafos el puente San Payo), donde se consignaba implícitamente la localidad del puente de Cesures. Su advocacion es el comprobante irrecusable de su antigüedad: al perpetuar la época de su fábrica, ha transmitido á la posteridad una página arquitectónica de la dominacion romana en Galicia. El puente Cesures de nuestros dias es el antiguo *pons Cesaris*, cuyo título fué adterado por el latin inculto de las crónicas de la edad media, y españolizado por las generaciones venideras. El *pons Cesaris* del imperio romano ha sido el *pons de Cesuris* de los siglos X y XI, y el puente Cesures de nuestros tiempos.

En Galicia aun se conservan los nombres de

algunos pueblos de escaso vecindario, como la revelacion auténtica de la dominacion imperial. La administracion y gobierno de los Césares no sólo se encuentra en las obras monumentales, sino tambien en las apartadas localidades de las montañas y de los valles. En la provincia de Lugo existen, la aldea de César, en la parroquia de Cortopezas, la feligresia de *San Salvador de César* y la aldea de *César de Seta*, en la jurisdiccion de Camba. En la provincia de la Coruña se descubren las feligresias de *San Andrés de César*, *San Clemente de César* y *Santa Maria de César*, situadas en la margen izquierda del rio Tambre.

En la *Historia Compostellana*, escrita en el siglo XI (1), se hace mencion del puente Césares, cerca del cual se habian construido las torres de Oeste para la defensa del territorio. Al mencionar la entrevista habida entre el arzobispo de Santiago D. Diego Gelmirez y el conde D. Fernando, hija el lugar de este reconocimiento en los términos siguientes: *ad ulice fluminis Portum qui de Cessuris appellatur*. El padre Florez explica por medio de esta advertencia el verdadero sentido de las palabras citadas: *Pontem lege de Cessuris qui etiam hodie nomen retinet super ullam ad Iriam*. Si lo que ha tomado por una equivocacion el erudito agustino, ha podido ser una verdad; si el puente Cesures ha dado nombre á un embarcadero de numerosa concurrencia, la apreciacion imparcial de su localidad y la investigacion arqueológica y topográfica de sus alrededores determinarán la importancia del puerto marítimo de la edad media. En nuestros días aproxima las importaciones extranjerías, sostiene el tráfico interior con Carril, Villagarcía, y pone en circulacion los cereales de la provincia. Las mareas vivas de la ria de Arosa, que elevan las tranquilas aguas del Ulla, suben hasta el puente Cesures, y los galeones mercantes cruzan su agitada corriente, cargados de géneros coloniales, de artefactos ingleses y franceses, de elaboraciones provinciales y de productos agrícolas del país. El puente Cesures es el muelle del comercio de Santiago: los armadores de Carril y Villagarcía sostienen el tráfico interior, por medio de la conduccion realizada favorablemente en las aguas del rio Ulla (2). Las proverbiales exportaciones de ganado vacuno para Inglaterra, así como de maíz para Irlanda, han buscado este mercado como necesario y conveniente para las transacciones comerciales. Las antiguas factorías, cuyos edificios conservan sus nombres, consagradas ahora á las condiciones del arriendo particular, revelan las proporciones favorables de la importan-

cion y exportacion celebradas en el puente Cesures. Su situacion topográfica es conveniente al comercio interior de Galicia. Colocado entre Carril y Padron, acelera los cambios, y empalmado en la carretera general que describe una intercesion de Vigo á la Coruña, sirve de puerto á las transacciones de Santiago. En la actualidad no se construyen *vias militares* para las conquistas, sino *carreteras provinciales* para la circulacion de los intereses materiales. Las conquistas se hacen por medio de tratados, ó se sostienen por medio de alianzas: los intereses materiales, acostumbrados á los convoyes y máquinas de presion, se amontonan en los estrechos surcos formados por las llantas de los carros de transporte. De esta suerte el remoto *pons Cesaris*, el antiguo *pons de Cessuris* no es apreciado como una antigualla histórica ó un recuerdo monumental: es un almacén, un martillo, un mercado. En la edad media, el arzobispo de Santiago dejaba caer las cadenas señoriales sobre las aguas del Ulla; era más bien la posesion de un feudo que la posesion de un portazgo. Entonces las caravelas de los pescadores vendian marisco y barbos. En nuestros días la administracion pública ha trasladado la aduana de Vila arcia al puente Cesures, para facilitar las guías comerciales á la conduccion interior. Los galeones de los marineros transportan los fletes de farderia, quincalla, fundicion y peleteria.

El puente Cesures presenta un paisaje ameno y pintoresco. No le anuncian espaciosos andenes y sólidos machones. El rio Ulla atraviesa sus arcos lentamente, apercebido de las avenidas del invierno, que desata sus hirvientes aguas sobre la campiña, fecundada con las algas marítimas arrastradas por la corriente. No eleva sus petriles, y ensancha sus arcos para repeler las mareas vivas de la ria. Es el puente de un rio de reposada corriente, que anuncia en señaladas horas su consorcio con las aguas del mar. Es el lindero de la agua dulce y de la agua salada. El viajero divisa á la izquierda los grupos de lavanderas y los botes encallados en el limo, y á la derecha presencia el atalaje de los galeones envejecidos en el transporte. Á un lado, el susurro de los árboles, el eco de las canciones y el son monótono de las madejas de lino sacudidas sobre las piedras para el blanqueo; al otro lado, los gritos de los pescadores, las revalidades de los marineros, el rudo crujir de las velas latinas, y el acompasado movimiento de los remos, que se asemejan en lontananza á las alas gigantes de un monstruo marino. La antiñedad se rejuvenece con la concurrencia, y el comercio no ha podido alcanzar más bella y poética perspectiva para sus transacciones mercantiles.

El puente Cesures, que ocupa de este á oeste una extension de 510 piés, presenta trece arcos mayores y menores, cegados en invierno por la violenta respiracion de las avenidas. Sobre el nivel del rio Ulla se eleva 21 piés, y ofrece al viajero la latitud de 12 piés.

El anticuario no encuentra en este monumento arqueológico la lápida votiva, ó la inscripcion pretoriana. Las reconstrucciones arquitectónicas habrán emparedado sus líneas, ó los años habrán gastado sus letras. La tradicion conserva su nombre como el recuerdo de una fundacion imperial.

(1) Lid. 4, cap. LXV, pag. 119. — Edic. de la *Esp. Sag.* del P. Florez.

(2) En el primer semestre de 1851 se han exportado en el puerto de Carril 59,063 fanegas de maíz en cuatro bergantines ingleses, uno español, quince goletas ingleses y dos queches del mismo reino, las que unidas á más de 41,000 conducidas á las provincias meridionales de España, completan el total de 70,063 fanegas. La aduana del Carril ha producido en el primer trimestre del mismo año, la cantidad de 157,789 rs. y 29 mrs., en la que se cuentan 3,556 rs. por derecho de navegacion á los buques de exportacion.

Su antigüedad está justificada por su advocación. El *pons Cæaris* de los romanos habrá cambiado sus hiladas de piedra y renovado sus cimientos de argamasa: en cambio ha conservado su localidad y transmitido su nombre, como el lindero de una civilización omnipotente.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 14 de enero de 1852.

LA MARIPOSA NEGRA.

Borraba ya del pensamiento mío
de la tristeza el importuno ceño:
dulce era mi vivir, dulce mi sueño,
dulce mi despertar.

Ya en mi pecho era lóbrego vacío
el que un tiempo rugió volcán ardiente;
ya no pasaban negras por mi frente
nubes que hacen llorar.

Era una noche azul, serena, clara,
y embebecido en placido desvelo
alcé los ojos en tributo al cielo
de tierna gratitud.

Más ¡ay! que apenas lánguido se alzara
este mirar de eterna desventura,
turbarse vi la livida blancura
de la la nocturna luz.

Incierta sombra que mi sien circunda
cruzar siento en zumbido revolante,
y con nubloso vértigo incesante
á mi vista girar.

Cubrió la luz incierta, moribunda,
con alas de vapor informe objeto;
cubrió mi corazón terror secreto
que no puedo calmar.

No como un tiempo colosal quimera
mi atónita atención amedrentaba,
mis oídos profundos no aterraba
acento de pavor;

que fué la aparición vaga y ligera,
leve la sombra aérea y nebulosa,
que fué sólo una negra mariposa
volando en derredor.

No cual suele fijó su giro errante
la antorcha que alumbraba mi desvelo;
de su siniestro misterioso vuelo
la luz no era el imán.

¡Ay! que sólo el fulgor agonizante
en mis lánguidos ojos abatidos
ser creí de sus giros repetidos
secreto talisman.

Lo creo, si... que á mi agitada suerte
su extraña aparición no será en vano,
desde la noche de ese infausto arcano
¡ay Dios!... aún no dormí!

¡Anunciaráme próxima la muerte,
ó es más negro su vuelo repentino?...

Ella trae un mensaje del destino...
Yo... no lo comprendí.

Ya no aparece sólo entre las sombras;
do quier me envuelve su funesto giro;
á cada instante sobre mí la miro
mil círculos trazar.

Del campo entre las plácidas alfombras,
del bosque en re el ramaje la contemplo,
y hasta bajo las bóvedas del templo,
y ante el sagrado altar.

Para adormir mi frenesí secreto
cesa un instante, negra mariposa:
tus leves alas en mi frente posa
tal vez me aquietarás...

Mas redoblando su girar inquieto,
huye y parece que á mi voz se aleja;
y revuelve, y me sigue, y no me deja,
ni se para jamás.

A veces creo que un sepúlcrulo amado
lanzó bajo esta larva aterradora
el espíritu errante que aún adora
mi yerto corazón.

Y una vez ¡ay! extático y helado
la ví, la ví creciendo de repente,
mágica desplegar sobre mi frente
nueva transformación.

Vi tenderse sus alas como un velo
sobre un cuerpo fantástico colgadas
en rozagante túnica trocadas,
so un manto funeral.

Y el lúgubre zumbido de su vuelo
trocóse en voz profunda, melodiosa,
y trocóse la negra mariposa
en genio celestial.

Cual sobre estatua de ébano luciente
un rostro se alza en ademan sublime,
do en palido marfil su sello imprime
sobre humano dolor;
y de sus ojos el brillar ardiente,
fósforo de visión, fuego del cielo,
hiere en el alma como hiere el vuelo
del rayo vengador.

Un momento ¡gran Dios! mis brazos yertos
desesperado la tendí gritando:
—Ven de una vez, la dije sólozando,
ven y me matarás.

Mas ¡ay! que cual las sombras de los muertos
sus formas vanas á mi voz retira,
y de nuevo circula, y zumba, y gira,
y no para jamás...

¿Qué potencia infernal mi mente altera?
¿De dónde viene esta visión pasmosa?
Ese genio... esa negra mariposa,
¿qué es?... ¿qué quieres de mí?—

En vano llamo á mi ilusión, quimera;
no hay más verdad que la ilusión del alma:
verdad fué mi quietud, mi paz, mi calma;
verdad, que la perdí.

Por ocultos resortes agitado

vuelvo al llanto otra vez hondo y doliente,
y mi canto otra vez vuela y mi mente
á esa extraña region,
do sobre el cráter de un abismo helado
las nieves del volcan se derritieron
al fuego que ligeras encendieron
dos alas de crespon.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

1834.

COSTUMBRES GALAICAS.

COMPOSTELA EN 1780.

Introduccion.

Contemplando
lo que pasó y vá pasando,
sabremos lo que es mejor
para el dia posterior.

Salgan á luz los restos del orden social pasado. Apresurémonos, que se borran de dia en dia, y acaso nos harán falta; apresurémonos, que un año más es bastante para quebrar los fustes de las columnas en que se sostuvo tanto una arquitectura laboreada y complicadísima—la arquitectura de las gerarquias; y al cabo de otro no será ya posible ver las delgadas hojas de acanto de sus capiteles, hundidos en el polvo de la destruccion.

No dejemos misterios para los poetas que animan las ruinas, ni para los que dan mil vueltas á una medalla corroida, ó ganean el muro en que han descubierto el enigma de una inscripcion: no les dejemos tampoco el martirio de ajustar una leyenda imaginaria á aquellos testigos mudos de sucesos reales. ¡Compasion, por Dios, que ese martirio es insufrible, devorador, y gasta más entendimientos que una catedral gótica bugias. Por mi parte les tengo lástima, acordandome de lo que yo mismo he sufrido en los pocos años en que nos domina una imaginacion de fuego,—y por eso voy á ser infiel á algunas revelaciones que me han hecho los monumentos que se caen, las crónicas que se apollillan y los hombres que ven mucho cuando miran hácia atrás, y solamente un sepúlcro escavado en cualquiera de los cementerios, si miran hácia delante.

Hoy á la verdad no seré interprete de un monumento, ni haré el comentario de una vieja crónica, pero me valdré de las tradiciones, que valen tanto ó más que la crónica y el monumento; y os contaré una historia, salida de las bocas sin dientes del último siglo, y vista en dia claro por aquellos ojos que no ven en el actual, sin duda porque los años los nublaron, más que una generacion que se dice rica de moralidad, de virtudes políticas, de buenas costumbres domesticas y de perfecciones sociales, pero que ni las muestras ofrece de esas joyas; tal vez por avaricia ó por miedo de que se las roben.

No es, pues, la historia que os presento una concepcion mia; es solo una mera relacion detenida por aquellos años en aquellas cabezas canas ó calvas que se menean con tanta gracia de derecha á izquierda, cuando nos oyen que hemos salido de una situacion miserable sin dignidad para colocarnos en el puesto que nos pertenece; que la inteligencia ha hallado la forma que debe reorganizar la sociedad,

que el pueblo trabaja ménos y sin embargo come mejor, viste más decentemente, etc. etc.

Oidla ya.

I.

La fia.

«Mazarocas ó canizo
de cada vez catro ou cinco»
(Canto popular.)

Sabido es que no hay luna más clara que la de enero; una cancion lo dice así, y las canciones y los refranes son el evangelio del pueblo. A esta clarísima luna y en medio de una *eira* espaciosa, desahogo de la casa más ricas del lugar, se habian agrupado, apesar de la helada que caia, catorce ó quince *cazurros* provistos de *fungueiros*, de castañetas, y el más mozo de un pifano de boj; el mismo que tantas veces habreis oido resonar al caer la tarde, en medio de la floresta.

Hélo ahí; el mismo son, las mismas melodias; los *cazurros* se electrizan al oirlo: sepáranse con vivacidad; colúmbranse algunas *cabriolas* copiadas de un modo grotesco por la sombra en el suelo desigual *da eira*; y luego vuelven á agruparse, y aplicando uno la derecha á la oreja, como para ensancharla, entona una amorosa *plañitera*, á que responde en coro con un resonante *la la la*.

Esta primera trova es seguida de otras; y en los intermedios mil agudos *atruxos* convocan á la fiesta á los galanes de una legua á la redonda.

Pero el pifano es el laud de los habitantes del campo; tambien salen de él acentos de pasion que habrá aqui bellas que los escuchan?..

Si: las bellas *labradoras* de la comarca, *vivarachas morenas* porque no se guardan del sol, frescas como los prados de la aldea, y entónces coloradas, inquietas y zozobrosas, porque abrigan en su corazon los deseos que las ruborizan y esperanzas que temen perder.

Allí están, dentro de la casa, sentadas en corro, alumbradas por la humosa luz de un candel y las nebulosas *llamaradas* del hogar. Las más ancianas y las más pobres con *cofias* en la cabeza; las otras tienen pañuelos de muselina con *fiorecillas* rojas, y de las cinturas de todas sale la *rueca*, ese gracioso simbolo del hogar doméstico que nuestro siglo quiere acabar á fuerza de ruedas y de vapor; en todas las manos gira el huso, susurrando dulcemente con aquel marmullo que tan bien se armoniza con los rústicos cantares. ¡O hermosas de la aldea! no queráis, no, ruedas que rechinen, en vez de los husos que murmuran felicidad y placer. Si las admitís, á Dios los cantos de ánimas en pena, los de las nocturnas procesiones de luces diversamente coloridas que vieron vuestros abuelos en la montaña; y los de muchos que conocéis, ricos porque al nacer el alba han encontrado una gallina encantada con cien pollitos, y los han vuelto de oro tirándoles la gorra. A Dios las horas de ventura que ahora gozáis, las noches en que cantáis á coro al rededor de los *tizones*, y bailáis despues al son del *pandero* hasta que canta el gallo; las noches en que tambien vosotras os mostráis coquetas como las de la ciudad, y elegís á capricho un galan que os acompañe á la salida, y al despedirse os robe osado un beso de fugaz estadillo...

En este momento se ha dado la señal de conclusion del trabajo; los ecos del ruido interior indican un nuevo orden en que los impacientes mozos tienen un puesto; por eso entran los unos tras de los otros. Cada cual usa ya de sus gracias para conquistar una amada ó un querido; ellos las regalan nue-

ces y palabras de amor, ellas les retornan manzanas y melindres. A poco tiempo el más favorecido, el que más manzanas recogiera de manos de las hermosas, repica sus pulidas castañetas; el pífano preludia la *muñeira*; han sonado los primeros golpes del pandero, y las de más años, sentadas en corro, principian á entonar las *cántigas* que les ofrecen más recuerdos de su juventud. Los mozos bailan brincando; las jóvenes con los párpados caídos, rebotando amor, los siguen en graciosas mudanzas; pero como no es posible verlo todo en esta confusión de pasos, de saltos y de cabriolas fijémonos en una pareja, eligiendo la más digna de nuestra atención.

JOSÉ MARIA GIL.

(Se continuará.)

JALEO.

Hay amores que nacen,
como las oías,
que llegan á formarse
con cuatro gotas.
Vienen y marchan;
primero nos atraen,
después nos tragan.

Antes era de moda
llevar coleta
y ahora se lleva el pelo
sobre las cejas.
Y esto es chocante;
antes atrás colgaba,
y ahora adelante.

Dice ella que me quiere
más que á su vida
y el mundo dice de ella
mil picardias.
Vamos andando:
yo siempre fumo puros
de contrabando.

Cosiendo todo el año
la pobre Paca,
apenas si consigue
pagar la casa.
Y ella se apura,
porqué no le hace falta
la dentadura.

Como la iglesia manda
que nos amémos,
Rosa y yo, poco á poco,
nos entendemos.
Y dice Rosa:
—¡Esta sí que es ferviente
fé religiosa!

Allá en la romería
vi una pareja,
sentadita á la sombra
de una arboleda.
Y dijo un chusco:
—Esos ya han encontrado
lo que yo busco.

LUIS TABOADA.

Vigo—1874.

GALICIA INDUSTRIAL.

EL ROJAL EN 1853.

II.

(Continuacion).

Son las ocho de una mañana deliciosísima El sol de este país no nos fatiga con el peso de su lumbre, como el ardiente sol de Andalucía.... apenas hace mas que dibujar su disco entre las brumas del horizonte. Alumbra, pero no mata. Embellece, pero no abrasa.

A su luz de plata y oro los objetos empiezan á perfilarse en lontananza con sus exáctas proporciones, y un rico y vistoso panorama se ofrece á ámbos lados de la carretera de Jubia al salir de Ferrol por su llamada puerta Nu va, una de las irregularidades de este pueblo, pues no corresponde á su importancia; puerta mezquina, que ni aún tiene el mérito de *enfrentar* el camino.

La vegetacion vigorosa y lozana del territorio que seguimos se extiende á derecha é izquierda como un precioso manto de terciopelo verde, cuyas sinuosidades parecen otras tantas ondulaciones de un mar de esmeralda, entre las que flotáran hojas de oro, los viñedos.

Mucho se ha hablado de los paisajes apestes y sombríos, floridos y risueños que embellecen las cercanías de los pueblos de los Highlands y los Lowlands .. El poderoso génio del cantor de los románticos amores de Luccia di Lamer Moor, ha poetizado tanto aquellas montañas de la brumosa Escocia que fuera de aquella region parece que todo será pálido y frio sin situaciones, sin paisajes que immortalizar en el álbum del pintor y del poeta. Oh! no...! Los que dudeis, los que creais que para encontrar cuadros impresionables en la naturaleza es preciso salir de España, venid, recorred unos dias las *mañãs* de Galicia, y todo lo encontrareis en las riberas de los rios y torrentes que se abren paso al océano por entre las verdes, agrupadas y gigantescas montañas que Dios levantó en este extremo del mundo como un dique para contener los furores de aquel elemento. Oh! sí, venid: colocaos á mi lado en el coche que nos conduce al Rojal por el camino de Ferrol á Jubia, y en medio de esa inmensa ribana de verdadera, bordada de caseríos y de árboles frutales de mil formas y colores, encontrareis las mas bellas paginas del álbum de la naturaleza, edicion del caos, cuyo autor es Dios!

Si, venid, y si las gratas vistas del panorama que cortais, no conmueven vuestro espíritu, elevad los ojos á ámbos lados de la carretera, y buscad en las pendientes de las montañas que limitan el horizonte, esos paisajes de la Suiza del autor del Amaury, con sus desfiladeros sorprendentes, y sus lagos pintorescos; con sus audes y sus cazadores, con sus recuerdos históricos y sus baladas, hijas de las supersticiones poéticas de los montañeses de todos los países del mundo.

Oh! Quereis un cuadro de Wonwermans, rudo y selvático, sombrío y lúgubre; pero sin la aridez

aneja á la rusticidad de sus paisajes? Tended la vista á las altas crestas de Nuestra Señora de Chamorro, coronadas de pinos, cuyas oscuras copas parecen mecerse en una atmósfera de ópalo y violeta. ¿Quereis un paisaje de Tomás Moro, una de esas marinas que tanto impresionan por la variedad de sus tonos y la riqueza de sus contrastes? Tended los ojos á la izquierda, y abarcad el brazo de mar, que, lamiendo los frutos del valle, vá á morir á los oscuros pinares del Juvia.

III.

Es sumamente grato lanzarse, al ligero escape de los caballos, en medio de ese océano de verdura que vá cortando el carruaje por una carretera tan recta y bien cuidada como la de Ferrol á Juvia. A un lado encontrareis todos los paisajes variados de una naturaleza montuosa, fecunda y recreativa. Al otro, todos los pintorescos incidentes hidrográficos de nuestras marinas.

Risueños caseríos, arboledas frondosas, grandes hacañas, fábricas de salazon y de curtidos, encontrareis aquí y allá sobre el poético verdor de los valles ó en las vertientes de las montañas de la ría. La vista vaga sin cesar de objeto en objeto, cuyas formas sorprenden en lontananza; y el pensamiento, siempre en acción á su presencia, no da lugar á ese sopor ó melancolía que se experimenta al atravesar los grandes páramos de Castilla ó de otra provincia del continente, donde no se encuentra ni un árbol, ni un caserío que distraiga al viajero de su *spleen*.

Hemos andado una legua de nuestra ruta al Rojal, en medio de las agradables impresiones de un territorio tan vistosamente vestido como risueñamente habitado. Alzase ahora á nuestra frente como un valladar gigante, una inmensa montaña cuyas crestas parecen elevarse hasta las nubes. Sus perpendiculares flancos, revestidos de ese verdor oscuro, anejo á toda la vegetación de los terrenos arcillosos, se hallan sembrados de rocas agrupadas en pintoresco desorden, algunas de las cuales escalonándolos hasta las cimas, contribuyen á exagerar sus colosales proporciones, y á darles ciertas formas, ya caprichosas y fantásticas, ó ya ordenadas cómo los remates de los obeliscos erigidos por el génio del artista.

Esa montaña, ese antemural elevado, es Coto de Ancos.

Coto de Ancos, último ramal de la cadena de montañas del Loira, cuya osamenta de rocas demuestra la omnipotencia del Señor al colocar un dique tan formidable en esta region del Juvia, para contener los furiosos de uno de los mares más bravios de la costa de Cantabria, el terrible *mar de Cobas*. Coto de Ancos, con sus vestigios arqueológicos de la época de los romanos, las ruinas de una de las más grandes poblaciones que han poseído en el país estos conquistadores. Coto de Ancos, con sus episodios caballerescos de la época feudal, durante las disensiones de la aristocracia y la teocracia del territorio. Coto de Ancos, con sus recuerdos históricos contemporáneos, durante el célebre pronunciamiento de 1843; Coto de Ancos, en fin, lienzo del cuadro en que se dibuja una de las fábricas de moneda más grandiosa de España;

T. II.

pero que no visitaremos por hallarse ya bien descrita en los diccionarios geográficos.

Pasemos... dejemos á un lado esa magnífica fachada de la fábrica de Juvia, digna de rivalizar con la de los mejores palacios de la calle de Alcalá. Sigamos la carretera que faldeando á Coto Ancos, se dirige hácia la villa de Neda, villa voluptuosamente sentada en la confluencia del Belette y el océano.

Subamos.. detengámonos un momento en la ascension de la montaña; aquí, sobre estas rocas que parecen marcar una decoración nueva, una nueva situación, un nuevo cuadro de nuestro diorama; sobre estas rocas donde cayó atravesado de un balazo el coronel Rivera; sobre estas rocas donde también se sentó Villaamil, el célebre pintor tan admirable por el lujo de su colorido y la bellísima combinación de sus tonos en sus paisajes sorprendentes. Detengámonos, pues, unos momentos en estas rocas y abismémonos en la contemplación del gran cuadro que presenta el valle de Neda al internarse angulosamente hasta la cascada de Fervenza.

BENITO VICETTO.

(Se continuará.)

NO PUEDE SER.

¿Qué no te mire? Pídele á las olas
que acallen su rumor,
que mueran mar adentro; que á sus solas
se arrullen con su canto gemidor.

Pídele al nauta sobre el mar perdido,
si el faro llega á ver,
que no mire la luz; pídele olvido
para la tierra que le vió nacer.

Pídele al ave de rizada pluma
que olvide su cantar;
pídele del mar á la nevada espuma
que no llegue las p'ayas á besar.

Mas no me pidas tanto en tus antojos,
porque no puede ser.
Ciégame con los rayos de tus ojos,
y aún en el alma, ciego, te he de ver.

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Habana, octubre de 1873.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

III.

El hogar.

Apesar de mi disfráz, de los cinco años transcurridos, y de lo que yo intenté disfigurar la voz,

mi superchería no pudo tener efecto; pues mi padre me reconoció en seguida, é incorporándose en su lecho me extendió los brazos, exclamando:

—Briell... Briell bien me lo decía el alma que no faltarias á tu promesa, y que regresarias á los 25 años!... Briell! Briell! abrazame, hijo mio!

Yo no pude luchar... no pude resistir la poderosa atracción de aquella voz que penetraba en los senos de mi alma, y me arrojé en los brazos del conde.

IV.

El compromiso de honor.

Pasados aquellos momentos de emoción, mi padre me señaló la belleza que se hallaba cerca de su lecho, y me dijo:

—Briell... ahí tienes á tu prometida Nieves de Villaster... Abraza, abraza también á ese ángel.... Yo te lo mando.

Nieves de Villaster se ruborizó, —pero levantándose de su asiento sumamente conmovida, me miró rápidamente y luego bajó los ojos como esperando mi abrazo.

Yo no sé porqué me abstuve al pronto... Yo, hombre de mundo, y capaz de abrazar con la misma facilidad á una reina que á una labradora, siendo ámbas jóvenes, —no sé porqué me impresionó tanto la actitud de Nieves de Villaster, que dudaba si era fingida ó verdadera. Había para mí en aquella muger tanta inmanación como repulsión. Si cierto matiz de su belleza me atraía, otro cierto matiz de su belleza me esclavaba lejos de ella. Las dos fisonomías opuestas de aquel Janó femenino, me era imposible determinarlas, pero existían realmente.

Mi padre atribuyó esta vacilación de mi espíritu al respeto que debía inspirarme tanto su presencia como la de aquella muger que, para el caso, veía por vez primera.

—Yo te autorizo, Briell; yo te autorizo... —volvió á decir el conde.

Entonces, no pude menos de adelantarme y abrazar á Nieves de Villaster; —pero al estrecharme en sus brazos mi prometida, parecía que me había abrazado la misma frialdad de la muerte: —fué aquel un abrazo helado, un abrazo de nieve! ¡Cuán bien parecía corresponderle el nombre de pila á aquella muger, y sin embargo, que corazón de fuego ó más bien de hiena latía dentro de su pecho!

—No extrañes su pavor, Briell; —murmuró mi padre. —Nieves se crió en un convento de Compostela desde la edad de diez años, que la recogí para el caso de los brazos de su moribunda madre, y contraí para con ella y para con Dios el solemne compromiso de hacerla hija mía, casándola contigo.

—Oh! qué día aquel, Briell! qué día!... La partida faciosa del cabecilla don Fernando, el *Evanista de Monforte*, penetrara en estos muros, después que la mayor parte de mis criados mordieran el polvo resistiéndose heroicamente.. El *Evanista* se dirigió á mi sable en mano, intimándome que le entregase cuanto dinero poseía para socorrer con él á su partida... yo le entregué cuanto tenía... el caudillo carlista aún pedía más... y yo no podía entregarle más. En este estado angustioso, Briell, yo no sabía como librarme de una muerte segura. Las tropas de Isabel II estaban lejos de Fontey... los nacionales de Quiroga habían sido derrotados por el cabecilla don Mateo Guillade... los curas del país no podían protegerme porque yo pasaba por *liberal*, y si enviaba á pedir socorro á la casa de Villaster, —que era de las más cercanas á la mía, —sería peor porque la dueña de esa casa pasaba por carlista furibunda.

Mi padre hizo una pausa.

Después prosiguió:

—Cuando yo me contaba ya entre los muertos, Briell; cuando por segunda vez el sable del *Evanista de Monforte* se levantaba sobre mi cabeza, la madre de Nieves, Briell, aquella señora con quien yo ménos podía contar en semejante trance, no sólo por diferencias de opiniones políticas, sino hasta por odios tradicionales de familia; —aquella señora, Briell, se presentó de repente ahí, en el salón, —y contra lo que yo esperaba, comenzó á afean su conducta al cabecilla facioso. —Mi asombro fué entonces grande... y tamaña generosidad por parte de la madre de Nieves, me conmovió en extremo.

Mi padre volvió á hacer otra pausa.

Nieves, como una mogigata, no levantaba la vista del suelo, escuchando con ansiedad suma.

—Pero el *Evanista* —prosiguió mi padre, —el *Evanista* estaba furioso; y á pesar del respeto que le imponía la señora de Villaster por ser de su partido, no cejaba en sus propósitos de hiena contra mí. En fin, Briell; ébri de sangre el *Evanista*, cerró los ojos, y gritó con voz de trueno; ¡*Acabemos de una vez, rayos!*... Y levantando el sable me tiró una estocada con toda su fuerza.

Volvió otra vez mi padre á hacer una pausa, como si le horrorizara lo que tenía que decir.

Después continuó:

—Aquella estocada, en vez de concluir con mi vida, concluyó con la de la madre de Nieves, porque colocándose ésta instantáneamente entre los dos, con objeto de evitar el golpe, el cabecilla carlista la atravesó de parte á parte. Si horror experimenté yo en aquel instante, Briell, más horror sintió el *Evanista*, —pues salió como una centella de la habitación y en seguida de Fontey con su partida. —Yo me arrodillé al lado del cuerpo ensangrentado de la señora de Villaster: —*¡Mi hija! mi hija!* murmuró ella sin poder decir más; pero en estas palabras decía cuanto había que decir, puesto que era viuda y no dejaba más hijos ni parientes en la tierra que á su Nieves. —Entonces, Briell, yo llevé las manos al corazón, elevé los ojos al cielo, invoqué el nombre de Dios, y le prometí que Nieves de Villaster sería hija mía, casándola contigo.

—Bien hecho, señor, bien hecho! —prorrumpió yo, aplaudiendo la nobleza de mi padre.

Pero, Nieves no murmuró una palabra, ni en sus párpados brillaba una sola lágrima á la memoria de su madre. Siempre con los ojos fijos en la alfombra, parecía una belleza de mármol, enteramente extraña, ó como inconsciente de lo que pasaba en torno de sí.

—La señora de Villaster —prosiguió mi padre — me apretó la mano al oírme aquellas palabras, y espiró. Desde entonces, yo mandé á Nieves á Compostela, para que la educaran en el colegio de la Enseñanza; —y hace pocos meses que la mandé regresar á Fontey, contando á la vez con tu venida, Briell.

Yo me incliné profundamente á estas palabras de mi padre.

Nieves de Villaster llevó entonces su pañuelo á los ojos como para enjugar una lágrima, que yo no vi, y que de asomarse á ellos en efecto, hubiera sido tardía.

El tipo de aquella muger, si bien podía interesarme, díjase que á la vez me repugnaba por un fondo de moral perverso que yo creía traslucir hasta en sus actitudes. Había para mí en aquella beladad más hipocresía que expansión. Aquella que iba á ser mi muger, me parecía un libro cerrado tan herméticamente para mí, cuanto tal vez pudiera ser un libro abierto enteramente para otro. Desconfiaba yo tanto de ella sin poder analizar esta desconfianza

que, no sé por qué, me figuraba que aquella alma jamás sería la otra mitad de la mía, por haberlo sido ya de otra ó poderlo ser...

A pesar de esta disposición de mi espíritu para con aquella belleza de 17 años que iba á ser mi esposa, yo no podía recusarla. Queriendo y adorando yo á mi padre con la infinita ternura con que le quería y adoraba, cómo intentarlo siquiera? Imposible!—Nieves de Villaster sí, que desde entonces pudo evitarme la desgracia de toda mi vida! Ella sí que podía relevarme de aquel compromiso de familia, prometiéndome ser una hermana para mí y no mi muger;—pero como si ya de antemano me destinara para víctima, en aquellos momentos concentró toda su espiritualidad en la caverna oscura de su alma, y ni un solo pensamiento emitió—siquiera por fórmula—para romper la cadena que iba á atarme para siempre á sus iniquidades.

Si; parecía natural que Nieves, en aquellos momentos, digera algo por este estilo:—El señor conde de la Rúa debe contar para este enlace más que con sus buenos sentimientos, con la aquiescencia de su hijo el señor vizconde de Fontey... ¡Quién sabe si el señor vizconde en sus viajes habra contraído algun compromiso, etc., etc...!—Pero nada, ni una sola frase pronunció la taimada en este sentido; fingiéndose por el contrario pudorosamente resignada á la suerte de ser mi esposa, como si esto, más que cosa de los hombres, fuera cosa del cielo.

¡Ay! desde aquel mismo instante, principió el drama acerbo de mi vida, enroscándose para el caso aquella serpiente en el fondo de mis entrañas hasta devorarlas una á una implacablemente.

B. VICETTO.

(Se continuará).

EL SEPULCRO DE MOORE.

(Del inglés, de Wolfe.)

No el eco del tambor á vuestro oído llegó de los clarines en concierto, no del cañon el lúgubre estampido el funeral honró de nuestro muerto.

Tal vez simbolizaron su fortuna el silencio, la noche, la isla escueta, el rayo opaco de amarilla luna, y la tumba que abrió la bayoneta.

Cubre su pecho el uniforme honroso que supo enaltecer sobre la tierra; duerme como el soldado valeroso, ciñendo, al reposar, manto de guerra,

Una ruda oracion, corta y ardiente, de nuestros labios se exhaló cristiana; un recuerdo de ayer vagó en la mente y un amargo pesar del mañana.

Torna el polvo á cerrar la sepultura, guardando al héroe en sus angostos lares... ¡Ay! ¿Hollará este suelo planta impura, mientras surquemos los lejanos mares?

¿Llegará el extranjero, el enemigo, y en estos huesos cebará su saña? ¿Alcanzarán quietud, defensa, abrigo, estas cenizas en la grata España?...

No bien cumplimos el piadoso anhelo, cuando el toque sonó de retirada,

confundiendo el adios de nuestro duelo, con el fragor del bronce por la rada.

Despedimos por siempre al buen guerrero en la playa que ilustra su memoria, y no quedó marcando el derrotero una losa, un ciprés... Quedó su gloria.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Coruña, 1871.

LA CARIDAD.

Nulla præstantior virtus quam charitate.

La primera de las virtudes es, sin contradiccion, la caridad, que las resume todas, porque no hay accion noble y levantada que no esté comprendida bajo su nombre genérico. La grandeza de alma, la bondad de corazon y la sublimidad de purísimos sentimientos, los tres manantiales de todo hecho generoso y elevado, son la sóla fuente de la caridad.

La caridad, divino impulso comunicado por Dios á la criatura, abre la puerta al desgraciado y proscripto peregrino que, perdido en la vasta extension del mundo, cansado de recorrer lejanas tierras, pide á sus hermanos de humanidad un hogar, de que carece, para reposar allí sus fatigados miembros.

La caridad, lleva á las damas más nobles, desde el oro y la púrpura de los palacios, á las humildes bayetas de los hospitales para consagrarse allí al modestísimo, si bien sublime y heroico servicio del pobre desvalido y enfermo sin otro goce que el tristísimo espectáculo de la miseria, sin otro premio que el trabajo y el peligro. Nada importa que hiera su delicado oído el agonizante eco del dolor, nada que mortifiquen su blanda y piadosa alma los ayes de la desesperacion: sorda á su propio sufrimiento, la hermana de la caridad no vive más que para el paciente. Serena en el campo de batalla, sobre el cual cae el mortífero granizo de plomo, llena de fria resolucion entre las victimas de la epidemia, da consejo á la desesperacion, resiste la enfermedad, desafía la muerte; á todas partes lleva el consuelo y la esperanza.

La caridad, impulsando al hombre, cuyo pecho se abre á su santa influencia, á atravesar los más desiertos páramos, las más estériles regiones, llévale á arrostrar los más ciertos peligros y afrontar las más terribles vicisitudes, para traer á los indígenas al buen camino, bajo el labaro santo de la moral cristiana y de la civilizacion.

La caridad, en fin, para terminar, confundida con el amor á la sociedad y á la familia, inspira esos admirables ejemplos de abnegacion, llamados sacrificios de la vida, para salvar á costa de su sangre los caros intereses de la patria.

Y sin embargo, con cuanta frecuencia ¡oh ceguedad! creyéndose tal vez el hombre rebajado en su necia vanidad, desoye ó desprecia el flébil quejido de la desgracia, cuando podría, tendiéndole una mano generosa, salvarlo del horrible abismo de una misera muerte. ¡Qué atrasada está toda-

via la sociedad! ¡Cuán mal comprendemos aún la noble misión del hombre sobre la tierra! ¡Cuán baja y falsa es hasta el día la idea que de la grandeza humana tenemos! Cicerón, ese inmortal legislador del más grande de los imperios, no se acordaba sin duda de la caridad, cuando preocupado, sólo por el foro, llamaba á la justicia la *reina de las virtudes*. ¡Pues qué! ¿no es acaso la justicia un deber positivo que nos prepara á la constante y perpétua voluntad de dar á cada uno lo que es suyo? ¿Cómo hacerla superior á la caridad, que da lo que es propio, que impulsa á poner en riesgo nuestra vida por salvar la de otro?...

No; no es la justicia sino la caridad, que no la excluye, la primera, la reina de las virtudes. Para la justicia, además de la inclinación natural es preciso prepararse; para la caridad se nace, ó al menos bastan las primeras reglas de una buena educación para llegar á poseer los medios de ejercerla. A propósito de esto voy á permitirte el sencillo relato de un acto de caridad, cuyo solo recuerdo conmueve todavía mi corazón. Es una narración que, hace algunos años, recorriendo la carretera de Santiago á Padron, oí de labios de un anciano que me acompañaba.

En aquel camino, no á gran distancia de Santiago de Compostela, hallábase pasando la temporada de verano un rico propietario, á quien las gentes del lugar llamaban el conde de B., ó simplemente el conde. Acompañábanle á la sazón su señora y su hija única Blanca, hermosa niña de nueve años de edad.

La quinta, consistía en una cómoda casa de recreo, ó palacio de campo, con magnífico jardín, rodeada de extensas arboledas y feraces valles por los cuales serpenteaban arroyos de clara onda y destacábanse blancas casupas dando á lo lejos novedad al panorama y semejando esos niveos lirios que interrumpen á veces la monotonía de un fondo de esmeralda.

Eran las once de la mañana de un caluroso y sereno día del mes de julio de 1860. Un ejército de mariposas, con sus alas de oro y grana, revoloteaban en torno de las ventanas del palacio, tomando caprichosas diferentes direcciones, para libar aquí y allí el néctar encerrado en el cáliz de las flores. Blanca, que las contemplaba desde una de aquellas ventanas, abierta entónces, y las seguía con la vista en sus vueltas y revueltas, sintió primero y no pudo resistir luego, el deseo de aprisionar algunas. La ocasión era sumamente oportuna: su mamá, reclinada sobre un canapé en uno de los vastos salones, buscaba alivio en la oscuridad y en el reposo, á su habitual jaqueca; el conde, en su gabinete, estaba en aquel momento hablando con algunos arrendatarios del lugar; los criados se ocupaban de sus labores: la niña estaba sola y podía salir sin ser vista.

Blanca, pues, no vaciló: sobre sus cabellos de oro pase un elegante sombrerito de rica paja, con cinta rosa, se desprendió de su ceñidor morado, dejando flotante su bata de muselina que apenas osaba cubrir su rodilla; tomó en sus manos un canaslito de aro, de finísima estera; colocó en él pan, queso, un pedazo de torta y unos bizcochos, que tenía en el cajón de una mesa, y salió furtivamente mecida por las más risueñas esperanzas. No bien

hubo la brisa jugado con sus rubios cabellos, una linda mariposa de aterciopeladas alas provocó la astucia y ligereza de Blanca. Lanzóse ésta en su persecución, siguiendo al liviano insecto en sus mil espirales movimientos, ora acercándosele cautelosa sobre las puntas de sus diminutos blancos botitos, cuando la mariposa, tocando suavemente al pasar la corola de mil pintadas flores, parecía querer posarse; ora deteniéndose cuando el insecto, plegando sus gigantes alas, hacía creer que iba á continuar su aérea peregrinación. Cien veces Blanca entreabriendo sus deditos, juntólos afanosa sin tener entre ellos el objeto apetecido. Entónces, viéndose burlada, sentía redoblar su creciente impaciencia, y continuaba la interrumpida carrera, mirando aquí y allí y vacilando ante la elección del más hermoso color.

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

(Se continuará).

¡YO TE ADORO!

(BALADA.)

Apénas el albo coro
de nubes con que se ostenta
ornada la aurora de oro,
á mi vista se presenta,
exclama el alma contenta:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

Mientras cantando las aves
de amores rico tesoro
vuelan ligeras y suaves,
dice mi laud sonoro
armónico como sabes:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

Acariciando tu frente
poética y dulcemente
el aura que gime lloro
vagando tímidamente,
te dice por mí elocuente:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

El arroyuelo sonoro
que aljófara dilata al día
espejo del sol de oro,
en su gentil armonía
te dice con poesía:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

Tu nombre de encanto lleno
como el palacio de un moro
y rico vergel ameno,
dan avés y aguas á coro;
yo digo, al dolor ageno:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

El bosque, el viento sonoro,
la enramada con su anhelo,
el campo meciendo oro,
repiten tan bello coro,
y hasta se graba en el cielo:
«¡Angel de amor, yo te adoro!»

EDUARDO DE PATO.

Ferrol, 1874.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

Motin popular del Ferrol,
en el que es asesinado y arrastrado por las
calles el capitán general del departamento
DON JOSÉ DE VARGAS Y VARAES.

I.

Desde que á mediados de 1809, se restablecieron las autoridades legítimas de Galicia á consecuencia de la campaña victoriosa que empeñara con los franceses, se encargó el mando del departamento marítimo del Ferrol al jefe de escuadra D. José de Vargas y Varaes. En lugar de ocupar este general el palacio destinado en el pueblo para el jefe del departamento, vivía en su estado de viudo, con dos hijos varones de tierna edad, en la casa del comandante de arsenales, ya porque acababa de ejercer este cargo, ó acaso para vigilar más de cerca los obradores. Su carácter apacible, su génio bondadoso y confiado, y su celo en el exacto cumplimiento de sus deberes, le habían hecho justamente acreedor á las simpatías de los subalternos y de los obreros. Pero había cortado ciertos abusos, que por cierto no eran extensivos á las clases trabajadoras. La falta de pagas tenía en un continuo disgusto á todas las clases de la marina. Esta falta no procedía del jefe del departamento. Procedía, sí, de las fatales consecuencias de una guerra, que tenía agotados los recursos del erario. Pero las autoridades inmediatas son por lo general el blanco donde se dirigen todos los desgraciados en el furor de la desesperación, y el fatal ejemplo de lo que acababa de ocurrir en otro departamento (1), dió lugar á que una pequeña parte de la más miserable é idiota de la población se hubiese lanzado á cometer el más atroz de los atentados.

II.

Corría el día 10 de febrero de 1810, época en que se esperaba de un momento á otro la llegada del nuevo comandante general don Francisco Vazquez Mondragon, cuando se hace cundir entre aquella gente miserable la fatal noticia de que el general Vargas tenía dinero oculto en varios sitios con el cual podía pagar la mayor parte de los créditos. Esta siniestra noticia hechada á correr, acaso intencionadamente, por enemigos ocultos de aquel general, alarmó á la hez del populacho, materia siempre dispuesta á creerlo todo y á ejercer, en medio de la ignorancia, su fuerza brutal, cuando otra superior no le hace entrar en la senda del deber. El blanco de ese furor fué, pues, el jefe principal del departamento que, tranquilo con sus conciencia, ignoraba los tiros que se le dirigian.

(1) En un tumulto popular ocurrido en la ciudad de Cartagena el día 10 de junio de 1808, fué asesinado el anciano general de marina don Francisco de Borja, marqués de los Camachos, que se hallaba mandando aquel departamento.

A eso de las diez de la mañana una porción de mujeres de la hez del pueblo, se reunieron tumultuariamente á la puerta del arsenal del dique. La guardia de este puesto militar permanecía sobre las armas, porque ninguna orden se le daba para disipar aquellos nacientes grupos. La maestranza que se hallaba en sus talleres, alarmada con la novedad, se agolpaba á la puerta interior de hierro del arsenal. Imposible parecía que el tumulto pudiese tomar mayores proporciones pues además de la tropa de marina, se contaba con la guarnición de la plaza, parte de la cual formó por orden del gobernador militar frente á la puerta del arsenal por la parte superior de la alameda, pero manteniéndose también sobre las armas, observando el movimiento de aquel motin, sin tomar sus jefes la menor determinación. Esta apatía, esta indiferencia, tenía necesariamente que alentar á los crecientes grupos. Varios jefes les dirigieron la palabra para convencerles de que no había otro dinero que el fondo de unos ochocientos mil reales destinados á la fabrica de fusiles: que el navio *América* traía socorros, que se les daría una ó dos pagas si alcanzase aquel fondo, y que se buscaría algún dinero en el pueblo, á cuyo fin se izó la bandera de pago.

Pero cuando al parecer quedaban convencidas y conformes aquellas mugeres, un nuevo grito general produjo el mayor desorden, y agolpándose á la puerta del arsenal, entraron en él sin la menor resistencia, y en tropel subieron con unos cuantos hombres que se les agregaron á la habitación del general Vargas, que se hallaba sólo en la sala.

Lo que allí pasó no nos es posible referirlo.

A los pocos momentos aquella turba desenfrenada, sacaba golpeado y herido al general del departamento por las escaleras de su misma habitación.

La fatal voz de arrastrarlo cundió entre la muchedumbre: atan una cuerda á los piés del desgraciado general; y á la vista de sus mismos soldados, le sacan por la puerta del arsenal y le llevan arrastrando, en medio de una horrible gritaría hasta la población de Esteiro, en donde dejaron abandonado su cadáver debajo del pórtico de la intendencia del departamento.

Envalentonadas las amotinadas con la impunidad de su crimen, se dirigieron al arsenal del Parque: consiguen que la marinería se embarque con ellas en lanchas, y hacen rumbo á las inmediaciones de la villa de la Graña donde estaba fondeada la goleta *Liniens*, que suponían con dinero para llevarlo con el general. Apoderanse de este buque, conduciéndolo a remolque hasta el arsenal cruzando por delante de la batería del Parque, sin que nadie los incomode; lo amarran junto á la cábría, lo reconocen y descargan, y viendo que no contenía el dinero, objeto de sus criminales escosos, abren la despensa del arsenal y toman de ella quesos, galletas y vino para sí y para la marinería que las acompañaba; con lo cual acabaron de privarse del uso de la razón, retirándose á las horas más avanzadas de la tarde, después de resistir el almacén general y de ser en aquel día dueñas exclusivas de todos los arsenales.

III.

Al anochecer, la justicia ordinaria recogía del pórtico de la antigua intendencia de marina y conducía á la inmediata iglesia de San Fernando, el cadáver de un hombre cruelmente asesinado.

Este cadáver es llevado al siguiente día al cementerio, sin más acompañamiento, que cuatro presidiarios cargados con el ataúd, un sacerdote y los alguaciles del juzgado ordinario.

De esta manera terminó sus días un gefe de escuadra de la Armada española, de ese modo fué conducido al cementerio, en el mismo traje de casa con que fué asesinado, el valiente marino don José de Vargas y Varaes, que tantos servicios habia prestado á su patria, y cuya vida respetaran las balas en los mares de Argel, San Vicente, Gibraltar y en el memorable combate de Trafalgar, donde salió herido mandando el navio *San Ildefonso*, cuya heroica defensa ocupa una de las páginas brillantes de aquel sangriento y desgraciado combate.

IV.

El mismo día que el cadáver del general Vargas era conducido al cementerio, como pudiera serlo el de un hombre cualquiera, llegó al Ferrol y se encargó del mando del departamento el nuevo comandante general don Francisco Vazquez Mondragon.

Por orden de la Audiencia de Galicia, se formó la correspondiente causa para castigar los autores y cómplices del horrendo crimen que deploramos. La vindicta pública reclamaba una víctima, y Antonia Alarcon, casada con un obrero, señalada como principal cabeza del motin, fué conducida al suplicio y decapitada en la ciudad de la Coruña, colocándose después su cabeza sobre una pica en la alameda del Ferrol y frente a la puerta del arsenal del Dique, donde permaneció por algun tiempo, en cumplimiento de la sentencia dictada por el tribunal del territorio.

V.

A muchas y muy graves consideraciones dá lugar el horroroso suceso que acabamos de referir, y que siempre apareció envuelto en el más profundo misterio á la vista de los hombres pensadores; porque no se concibe que en una plaza de armas con guarnicion, y lo que es aun peor, dentro de un arsenal con fuerzas para su custodia, haya sido victima de un asesinato la primera autoridad del Departamento, á la vista de sus mismos subordinados, que vieron arrastrado su cadáver por las calles públicas, abandonado y conducido al cementerio como el hombre más miserable, sin que se cuidaran, al ménos despues de muerto, de que su entierro fuese hecho con los honores que á su alta gerarquia pertenecian. Como escritores imparciales no hcaemos más que narrar este desgraciado acontecimiento, tal cual ha pasado. Nuestros lectores sacarán de él las consecuencias que naturalmente se desprenden. Cierto que la consumacion de este crimen ha sido un borron para el pueblo del Ferrol; pero cuántas veces el nombre de los pueblos no se toma

por escudo para cometer los más misteriosos y horribles atentados?...

JOSÉ MONTEAO Y ARÓSTEGUI.—Hist del Ferrol. (Hist. de Galicia por don B. V.—T. VII, pág. 397.)

SECCION SATÍRICA.

3.^a corrida de toros de la temporada.

I.

Ya está otra vez el toro en la plaza. Ya salió la 3.^a Hoja pedante del *sycophanta* ó *sciolus* padre José Ramon.

Todo el afan del *vicho* es demostrar los errores que cometemos... pero á cornadas! En el primer párrafo de su Hoja difamadora, nos larga un *puyazo* sobre si usamos ó no con él formas cortesces.—Pero, padre ó *vicho*, ¿cómo podemos ser cortesces con quien es tan canalla, cobardes y miserable que se prevale del *anónimo* para combatirnos?

En el segundo párrafo habla de *decoro y dignidad*... ¿quién? ¿un anonimista?... Apága y vámonos!

Y en el tercero... *naa*, como dicen los andaluces.

II.

Entra luégo á querer demostrar que nuestra teoria es panteista, y lo hace tan desdichadamente que hasta pone en duda de si sabremos ó no lo que es panteismo.—¡Qué pedazo de alcornoque, cuando hemos explicado mil veces en nuestra Revista ese sistema de los que no admiten otro Dios que el gran *Todo* ó la universalidad de los seres vivientes! *pan*, todo; *teo*, Dios.—¡Qué calumniador y *difamator* es el tío José Ramon hasta en sus sospechas! ¡Bien que otra cosa no puede esperarse de los neoz ó de los... *comædorum, histronen grex*.

Y para dar colorido de verdad, respecto á que nuestra teoria es panteista, se apoya en palabras nuestras, estampadas en el tomo 2.^o de la *Historia de Galicia*. Hemos dicho mil veces, padre José Ramon Peranzules, que cuando publicamos nuestra teoria en la *Historia de Galicia*, fué de una manera incompleta y hasta absurda, pues teniamos que luchar con la presion *oficial* entónces, y hasta con travas editoriales. Por eso hemos fundado despues la *Revista Galaica*, para emitirla amplisimamente.—Y en la *Revista* sostenemos que nuestra teoria es la *única* que hasta el día se ha emitido antipanteista,—porque al reconocer la naturaleza de Dios en el espíritu puro Tiempo y Espacio, éste es enteramente independiente del gran *todo* ó de la creacion, sin embargo de *ser en él* el gran *todo* ó la creacion. Es independiente, porque *podemos concebir* el Tiempo y el Espacio, *sin mas nada*, al paso que no podemos concebir nada sin el Tiempo y el Espacio.—Véa, pues, el *vicho*, toro, padre ó tío José Ramon *el por qué* nuestra teoria no es panteista.

III.

Sigue luego el tío José con unas chanzonetas sin timbales y sin maldito gracejo sobre si nosotros hemos tenido ó no datos para escribir nuestra *Historia de Galicia*,—y en verdad, que no sabemos que contestar á tal insulsez ó patochada. Sólo se nos ocurre contestar á esa vaciedad con esta guasa:

Salta Pedro do balado,
tes ó calzon roto,
tiroche una pedra
fágoche un furado!

Después nos pide que publiquemos las cousabidas quintillas al *Dios Cepillo de las Animas*. Pero, padre camándula, ¿cómo las hemos de publicar si vuestra merced no insulta á nuestro Dios Tiempo y Espacio? ¿Qué le decíamos á vuestra merced? que si se atrevía á insultar nuestra creencia con el mismo derecho nos permitiríamos nosotros ridiculizar al Dios de los neos, esto es, *arceæ el stipt cogendæ* (vulgo *boeta*).

Por eso, como el padre José Ramon no hace más que escarceos, pretendiendo entrar en terreno vedado, nos encaramamos el *pendello do crego*, y le repelimos: *Comparito ¿suerto er micho?*

Siguen luego unas redondillas que, ¡vaya por Dios! ¡Qué bien versificadas están y cuanto doaire resalta en ellas! Oh! qué cursería más endiablada! Sobre necesitar de intérprete para entenderlas, destrozarian hasta los oídos del trompetero de la villa

Las tales redondillas parecen una descarga cerrada. Parecen una manada de perros de presa que sueltan abullando contra el descuidado caminante. Véanlas nuestro lectores. Oído á la caja:

Nadie me gana á guason,
Ha dicho el sabio Benito.
Diga Vd., gran erudito,
¿En qué no lleva el pendon?

Si lo que Vicetto ha escrito
Lo hallamos en Tiberghien,
Nos dirá el tío Benito
¿Quién es el que copia á quién?

Si en revancha el tío Ramon
Llama tío al gran Vicetto,
Pregunta aquí un discreto
¿Por quién está la razon?

Y aunque diga desatinos,
Va á dar su parecer;
El que tuvo más sobrinos
Mayor tío debe ser.

Estas redondillas del padre José Ramon, nos recuerdan estas otras del niño Sanguilotino:

A la puerta del cielo
vendian tomates,
San Pedro que lo supo
compró un sombrero de tres picos.

Déjese de escribir *coplejas*, padre ó tío José Ramon, pues lo hace peor que Gerardo Lobo. Mejor es que opte por su oficio de *tebedor* de la sangre de Cristol. Al ménos es más... tónico y pingüe.

Y después empieza á desvariar el pobre padre, echándola de gracioso y tratando de defender aquellas octavas *republicanas* que dice que nos desagradaron. No, padre José Ramon, no; no nos desagradaron pues nos hicieron reír de lo lindo, porque hacia ya mucho que no hablamos visto *verzas* mas malas.—Puede ser que aun crea el padre que son buenos versos! La prueba de que son fatalísimos, la tuvo en la mano, pues al leerse los á cierto clérigo... ¡cataplum! dió con él en Cañido. ¡Asesino!—Qué haya hombres que gasten cuatro pesos en imprimir tales disparates!!

Pero ¿que tiene que ver lo de tabernario con padre *Cartiño de minchas quentes*? Que haya en las tabernas *ostras*, convido; pero *minchas*! ¡Yaya! el pobre José Ramon perdió del todo la chola ó mucho se acuerda del padre Trocha que se iba cayendo en las procesiones de puro borracho!!

IV.

Dice después que no escribamos más *clericalla* y si *clerigalla*.

Pero, por Dios, tío José Ramon! *clericalla* es un derivativo, aumentativo ó superlativo de *clerical*, lo mismo que *clerigalla* de *clérigo*. Y si así no lo quiere reconocer,—esa conmutacion que hacemos de la *c* por la *g*, es porque nos place más usar la denominacion *clericalla* al referirnos á los cuervos, que la de *clerigalla*: *clericalla* es voz más *despreciativa*, esto es, más gráfica.

V.

Truena luego el tío José Ramon contra nosotros como malos hablistas, y dice que en la seccion satírica no debiamos emplear frases como: *Y tráquese otro boton el hijo de Agamenon ó padre José Ramon*; y el *Trágala* que le hemos cantado.

—Válganos Dios con el tío!—Otra vez le hemos de llevar la seccion satírica á él, antes de ver la luz, *para que vaya á su gusto*. ¡Qué habiolas tiene el padre! ¡Qué torrezno! Al fin... *silvestris hominis conditio*.

VI.

Concluye después su *Hoja pedante* ó difamadora el tío José Ramon, tratando de probar que no es *nueva ni original* nuestra teoria. Para ello violenta el sentido de algunas frases nuestras, al enumerar nosotros teorías afines con la de la naturaleza de Dios Tiempo y Espacio,—aunque sumamente *incompletas* en su afinidad absoluta.

Pero ¿creerán nuestros abonados que el tío José Ramon contesta algo respecto á las seis proposiciones filosóficas, base de nuestra afirmacion sobre la naturaleza del Eterno y el Inmenso, segun le retábamos en el número anterior? Qué si quiere!

Y no contestando á esto el neazo, no probando el tío José Ramon que nosotros hemos *plagiado* á autor alguno cualquiera de esas seis afirmaciones en que estriba nuestra teoria,—volvemos á manchar el papel, diciéndole que es un

calumniator y un diffamator.

Y se lo repetimos en latin, ya que no lo entendió en castellano.

VII.

Resúmen de la corrida: el toro José Ramon, tomó 53 varas, 7 pares de banderillas, y después de un

capeo jacarandoso, lo rematamos de un mete y saca por todo lo alto recibiendo

Al morir berreó ochenta veces, y de una coz tiro al redondel el púlpito de San Francisco! Pobre vicho ó pobre padre José Ramon! Séale la tierra level

CHANZONETAS CON TIMBALES.

Caza à los Cuervos!—Cinco ó seis duros le h'i costado al foliculario padre José Ramon Peranzules imprimir su *Hoja pedante* número 3, y cómo quiere que le tengamos por sacerdote *cristiano* despilfarrando de ese modo los ochavos que echan las beatas en el cepillo de las ánimas? Si fuera sacerdote *cristiano*, en vez de repartir *gratis* esas Hojas difamadoras, debía comprar cien libras de pan y repartirlas á los pobres que andan por esas calles muertos de hambre. Impio ¡mal *cristiano*! ¿No dijo Jesucristo: si te dan una bofetada en la mejilla izquierda, pon en seguida la derecha...? ¿No dijo sed humildes, no soberbios, que nuestro Padre todo lo vé desde el cielo y recompensará á cada uno segun sus obras?—¿A qué, pues, esa soberbia mundana, Tio José Ramon? Si nosotros faltabamos al clero católico, ó le insultábamos en nuestros escritos, demasiado recto es el criterio del público para no consentirlo. Pero ¡ay! cuánto escribamos contra los *mercaderes* del templo, es muy poco para lo que el mismo público elama á tambor batiente. ¡El público ya os conoce perfectamente, comicos! y como os conoce, suena vuestra hora... la hora del juicio final contra vosotros!!

Por un lado decís que no sabéis lo que es Dios, y por otro espardís *indulgencias* y patentes de gloria y bienandanza para la otra vida mediante los ochavos que *estafais* á las beatas... ¡Ah, camandulas!!

Reconocidos.—Lo estamos á las muchas personas que nos escriben felicitándonos por la *batida* que damos á los neos. Las frases ligeras con que lo hacen, nos prueban que el sentimiento liberal bien entendido, recobra en Galicia nuevos bríos contra sus enemigos de siempre, la clericalia.

Cortesía.—Habiéndonos difamado en el púlpito de una manera soez el padre ó tío José Ramon, y tratándolo de hacerlo nuevamente en sus *Hojas pedantes*, aún se atreve á pedirnos cortesial Cortesía para qué? Tanto valiera decirnos; no te muevas que te voy á desolar vivo. Queris *officiosa verba* cuando nos clavaba el puñal por la espalda; Quién no conociera á los cuervos! *curiosé simulas, et bacchanalia vivis*. Si al ménos el tío José Ramon se portara como un hombre *decente* poniendo su firma al pié de lo que escribe, enhorabuena que reclamara cortesía sinó la encontraba en nuestros escritos; pero apelando el pobrete al *anónimo* (ó lo que es lo mismo *Hojas anónimas*.) será tratado ni más ni ménos como merecen los que esgrimen esas armas *traidoras*, reprobadas por el público. Un *anónimista* como el infeliz padre José Ramon, no da pruebas sinó de ser un

Canalla, cobarde, y difamador.

Y así será tratado por nuestra parte, ya que no tiene *vergüenza* ó dignidad personal. Si; si; el que no pone su nombre al frente de lo que escribe contra persona determinada, es el último de los canallas! «El que redacta ó escribe un *anónimo* -dice un autor—

es porque en su alma se albergan sentimientos depravados y miserables, es porque en su corazón reside la *alevosía*, es porque de su pecho no puede brotar una frase que revele con franqueza su *rencor*»

Si; si; tío José Ramon Peranzules, el que escribe *anónimos* ó Hojas *anónimas* para insultar á cualquiera, es el miserable de los miserables. El sentimiento público jamás aprobó ni aprobará semejantes armas. —¡Y aun nos pedía cortesía el desdichado padre ó tío José Ramon! ¡Razona como un café! La saña lo convierte en fiera. Bien que *Silvarum incola, silvestris homo*.

«El *anónimo* —prosigue ese autor que *plagiamos*— es la representación fiel, es la imagen en vida del carácter de una persona. Léed un *anónimo* ó una Hoja volante difamadora y vereis en sus líneas retratado con la más admirable exactitud, el rencor, la aversión, el odio; sus renglones tienen un matiz especial de envidia y de perversidad y en su totalidad encierra la más abominable represalia. Con razón el público y las leyes persiguen al *anónimista*, como se persiguen á los animales venenosos; que el *anónimo* es una manera *cobarde* para atacar la honra á mausalva.»

Con que, tráguese el asqueroso padre ó tío José Ramon, *ese otro boton*.—Pero donde no hay vergüenza ni dignidad... *vox clamabit in deserto!*—

Chafalditas.—Nos han asegurado que hará un mes, fué el padre ó tío José Ramon á que le *echáran las cartas*, —y la bruja que se las echaba le anunció una gran victoria. Dicea que entonces se frotó las manos con júbilo y exclamó:—Bien me lo daba el alma! De seguro que vamos á tener la inquisición en España, pues esa gran victoria significa el triunfo de mi amado rey Carlos VIII!—Pero á los pocos días, quien apareció en Barcelona, aclamado rey de España, fué Alfonso XII. Y entonces algunos guasones se rieron de él diciéndole:—Tío Ramon, *vote á plancha*... ¿piña, pica ó pancho...? hay pan no paxe?

Y el tío Ramon les contestó furioso en el mismo latín del Bispon. —Hay ó *demo* *cos leve* *condanados!*

B. VICETTO.

1.º febrero de 1873

Rectificación.—En la estrofa 4.ª de la poesía del Sr. Vesteiro, de este número, donde dice *pesar*, debe decir *presagio*.

Al Heraldo Gallego.—Con gusto hacemos la rectificación justificada que nos pide el Sr. Lamas y Carvajal, una vez que en el soneto á Parlo de Cela, que hemos traducido para la Revista, el había escrito ¡*Martir foi n'ista terra xenerosa!* Por consiguiente, la errata que cometió *El Diario de Santiago*, nos hizo traducir *de esta tierra por en esta tierra*.

En cuanto á la *música* que entraña *El Heraldo* sobre la traducción de la Campana de Allons, le diremos que no basta poner tal ó cual lunar á una traducción, sinó hacer otra *mejor*, puesto que eso se hace en un cuarto de hora. Queda, pues, tendido el guante... y obras son amores y no buenas razones. Criticar, cualquiera critica. Producir, pocos.

JOSÉ ANTONIO PEREZ.